

# H O M I L Í A S

## CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

HOMILÍA BASADA EN Lc/23/44-49. 24/01-06

### **-La muerte de Cristo y la muerte del cristiano**

En este día dedicado a la memoria de todos los fieles difuntos, nuestro recuerdo se dirige especialmente hacia aquellos conocidos, amigos y familiares nuestros que han dejado este mundo. Su muerte quizás nos hace sentir con mayor hondura la precariedad de la vida presente y nos lleva a hacernos preguntas como éstas: ¿Dónde están nuestros difuntos? ¿Hacia dónde vamos nosotros, destinados también a la muerte? ¿Qué sentido tiene la muerte? ¿No será la muerte la última manifestación del "sin-sentido" de la vida? Este carácter absurdo y misterioso de la muerte, nosotros como cristianos sólo lo podemos iluminar con la fe, con la luz que surge de este doble acontecimiento: Jesús murió; Jesús resucitó.

Jesús expiró realmente, fue amortajado y lo pusieron en un sepulcro.

Jesús, muriendo él mismo nos enseñó a morir y nos aclaró el sentido de la muerte. ¿Cómo no hacer un paralelismo entre la muerte de Cristo y la muerte de aquellos hermanos que hoy recordamos? Y este paralelismo tiene una razón profunda de ser, por cuanto deriva de una ley esencial de la fe cristiana: la muerte de Cristo está necesariamente vinculada a la muerte de todos y cada uno de los cristianos.

En primer lugar, en el plano de la ejemplaridad, puesto que la muerte de Cristo es el modelo supremo de la muerte cristiana. Y ello en dos aspectos principales: Cristo aceptó voluntariamente su muerte como prueba de obediencia amorosa a la voluntad del Padre; Cristo murió por los demás, por todos los hombres, como culminación de una vida totalmente entregada al servicio de los demás.

Y en segundo lugar, en el plano de la eficacia. Para nosotros, en efecto, la muerte de Cristo no es sólo un ejemplo, sino la causa real y eficaz de nuestra salvación.

-Nuestra esperanza: Jesús es "El que vive", ahora

Pero la historia de Jesús no acabó con la muerte. En aquel domingo, las mujeres que buscaban el cuerpo de Jesús, encontraron el sepulcro vacío: "Por qué buscáis entre los muertos al que vive". Aquel que murió y fue sepultado, recibe ahora el título significativo de "El que vive" (El Viviente), denominación que el Antiguo Testamento reservaba sólo para Dios.

Repetir hoy que Jesucristo es "El que vive" es, pues, un pleno acto de fe en El como Hijo de Dios y redentor nuestro.

Es también muy apropiado para dar el auténtico sentido cristiano a este día, en el que hacemos memoria de nuestros muertos. Hoy que recordamos la muerte, y que quizás incluso nos acercamos personalmente a los sepulcros de los seres queridos que "nos han precedido en el signo de la fe y duermen el sueño de la paz", confesar que Jesús es "el que vive", ahora y para siempre, es proclamar la noticia gozosa hasta sus últimas y más consoladoras consecuencias.

Proclamar que a la muerte de Jesús siguió su gloriosa resurrección es colocar el más sólido fundamento de nuestra esperanza cristiana.

-La muerte instrumento de vida y de victoria

Por el ejemplo de Cristo y por su fuerza, los cristianos podemos pasar por la muerte de un modo que transforma totalmente sus aspectos negativos.

Con todo, tengamos en cuenta que, para que sea así, hay unas condiciones indispensables. Recordémoslas: aceptar voluntariamente la muerte, en señal de obediencia amorosa al Padre: vivir siempre para los demás, como preludeo de una muerte fecunda; creer que la muerte no es el fin, sino el principio de una vida totalmente liberada de cualquier esclavitud. Al fin y al cabo, uno muere tal como ha vivido. Si hacemos de nuestra existencia una continua expresión de amor a Dios y a los hombres, entonces nuestra muerte, como la de Cristo, será instrumento de vida y victoria.

Un numeroso grupo de médicos y moralistas cristianos, reunidos para estudiar el tema de "la verdad y la mentira en el mundo sanitario", lo reconocía: el mundo actual esconde la muerte, la convierte en silencio y renuncia a preparar al

hombre para morir. Nosotros, cristianos, no podemos aceptar este juego. Nuestra fe nos debe dar el coraje de mirarla cara a cara e incluso de llamarla, como hacía san Francisco de Asís, "la hermana muerte". Los cristianos no tendríamos que temerla. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos para El morimos. Y valoramos tanto la muerte de Cristo, que incluso la hacemos objeto de celebración festiva.

\*\*\*\*\*

Cada Eucaristía proclama y reactualiza la muerte victoriosa del Señor. De modo especial, hoy incorporamos a nuestra celebración el recuerdo de la muerte de nuestros hermanos difuntos. Porque creemos que, vinculada a la de Jesús, también para ellos la muerte fue un acontecimiento de salvación. Que esta Eucaristía sea a un tiempo recuerdo eficaz de la muerte de Cristo y confesión gozosa de su resurrección, plegaria piadosa por todos los fieles difuntos y expresión de nuestra voluntad de vivir y de morir por el ejemplo y la fuerza de Jesús.

JORDI PIQUER

MISA DOMINICAL 1989, 21

# 15 HOMILÍAS MÁS PARA LA CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

## 1. MU/VE

Nada más común que la muerte y, sin embargo, nada más asombroso.

La muerte es un acontecimiento que, a pesar de su nevitabilidad, no entra en nuestros cálculos. Su venida nos sorprende siempre y nos deja, si somos sinceros, perplejos y enmudecidos. Yo creo que cuando nos enfrentamos con la muerte es uno de esos momentos en los que el silencio es más elocuente que las palabras. No es improbable que las palabras que pretendemos desgranar para consolar al que se queda o para justificar ese tremendo acontecimiento que es la muerte,

suenen a vacío insoportable.

Naturalmente que toda persona es muy libre para adoptar su postura ante la muerte y ante lo que puede suceder después de ella. Para muchos, lo sabemos, la muerte es el fin, la nada, el abismo. Con la desaparición de la vida acaba todo lo que a la vida la caracteriza: el amor y el odio, el trabajo y la iniciativa, la ambición, la esperanza, el orgullo, la soberbia, la bondad. Se ha llegado al final por completo. No hace mucho pasaron por televisión una entrevista que Maximilian Schell hacía a Marlene-Dietrich (una mujer, creo, de categoría). Una de sus preguntas fue si creía en el "más allá". La respuesta, con todos los respetos, me pareció una "boutade". "No -dijo-, no habría espacio suficiente "allá arriba" para que todos estuviésemos dando vueltas". Pero "boutade" o no, ahí quedó reflejada una postura que, con unos u otros argumentos, comparten muchos hombres que viven a nuestro alrededor y que no son precisamente tontos.

Nosotros, los cristianos, hemos hecho, por el contrario, una opción. La opción por la VIDA ETERNA, una opción que, no olvidemos, se toma desde la fe y que supone un salto, un inmenso salto dado con la mano puesta en la mano de Cristo, por el que, en definitiva, hemos optado. Creo que no es ocioso repetir constantemente que el cristianismo es una elección que el

hombre, cada hombre, debe tomar seria y conscientemente; que el cristianismo no puede ser fruto de una herencia familiar o de un contexto social, porque, en ese caso, carecería de contenido auténtico. Pues bien, en esa elección responsable y reflexiva que el ser humano hace al interrogarse sobre los problemas más importantes de su propia vida, está implícita la idea cristiana de que, tras la muerte, está la vida.

Hoy el Evangelio nos dice, con toda rotundidad, que JC nos resucitará en el último día, es decir, que nos dará una vida sin límites y sin final. A través de

todas las páginas del Evangelio en las que Jesús se encontró con la muerte encontramos siempre la misma respuesta: el vencimiento de la muerte que queda doblegada ante la palabra vivificante del Señor. ¡Levántate!, le dirá a Lázaro ya hediondo en su tumba; y la misma palabra imperativa y operativa la repetirá al hijo de la viuda de Naím y a la hija del centurión. Más tarde, su propia resurrección será la respuesta más evidente a su señorío sobre la muerte y la gran piedra angular en la que se apoyará nuestra esperanza cristiana

y nuestra seguridad en ese misterio (no lo olvidemos, es un misterio) de la vida tras la muerte.

Por eso, los cristianos, al conmemorar hoy a todos los que están más allá de nuestro mundo, a todos los que han convertido su fe en seguridad, junto al dolor por su ausencia, a veces lacerante, otras ya atemperado por el paso del tiempo, no podemos sacar una consecuencia angustiosa, desesperada e impotente, sino una llamada a la vida, a esa vida que palpamos y tenemos, a ésa que conocemos y con la que nos estamos fabricando esa otra vida en la que esperamos y creemos. Porque aquí está la gran lección de la esperanza cristiana en la vida eterna: la de enseñarnos a vivir ahora de modo que podamos abrir los ojos con paz cuando los cerremos, a ser posible también con paz, en el tiempo y en el espacio concreto. Y para ayudarnos a vivir como lo quiere Cristo, hoy podríamos recordar cuáles van a ser sus palabras cuando nos encontremos con Él más allá de nuestros límites terrenos. Son palabras categóricas que señalan inequívocamente un camino a recorrer: Venid, benditos de mi Padre..., porque tuve hambre y me disteis de comer, estuve enfermo y me visitasteis, triste y me consolasteis... Nuestra meditación serena hoy, vayamos o no al cementerio, tiene que estar enfocada a la vida para hacerla posible según la quiso Cristo: viviéndola para los demás, trabajando para que la vida sea vida para todos los hombres; haciéndola grata, amable y llevadera.

El mundo está necesitado de hombres que crean firmemente en la vida eterna, que le den un sentido de trascendencia, de hondura y de espiritualidad a la vida, a la vida del hombre sobre la tierra. Los cristianos deberíamos ser esos hombres. Lo seríamos si creyéramos de verdad en Cristo resucitado y en todo cuanto dijo e hizo en su vida y en su muerte. Qué duda cabe que una manera de predicar en silencio nuestra fe en la vida que no acaba es vivir la vida que acaba con sentido de eternidad.

Intentando reproducir con todas las limitaciones que tenemos, y que tan bien conocemos, el estilo de vida de Cristo. Lamentablemente y en general, habría que decir que los cristianos vivimos aquí y ahora igual que los que no creen que más allá de la muerte existe la vida. Quizá por eso somos tan poco convincentes. ANA MARÍA CORTES DABAR 1986, 54

## 2. VE/ALIENACION MU/RESIGNACION RAZONES ABSURDAS QUE DAMOS PARA CONFORMAR A LOS DOLIENTES: "DIOS LO NECESITABA", "SE LLEVA A LOS MEJORES"...

Este día (2-XI) es para nosotros un buen momento para recordar un serio compromiso, tanto individual como comunitario: anunciar esta Buena Noticia de vida eterna en forma creíble. Se nos han hecho muchas acusaciones de evasionistas, ilusos, engañabobos, adormecedores de las clases sociales más bajas... Y no siempre han sido acusaciones completamente infundadas. El Concilio Vaticano II ya dijo algo sobre esto. Tenemos que mostrar y demostrar, con la vida, que la fe en la resurrección no es un opio para apagar angustias ni un sueño para compensar frustraciones, sino una convicción que nos mueve a trabajar sin miedo y con todas nuestras energías, en la lucha contra toda forma de mal en el mundo. Porque estamos convencidos de que ni la muerte puede con nosotros, luchamos sin miedo a nada ni a nadie para transformar nuestra sociedad. Es un día, el de hoy, para pensar no sólo en la otra vida, sino para pensar en ésta. (...).

Y es un día también para recordar que nuestra fe, en última instancia, roza el Misterio de Dios y, por tanto, exige confianza. Que podemos y debemos reflexionar sobre nuestra fe, ver que es razonable, que tiene su coherencia, que podemos explicarnos muchas cosas; pero al final siempre toparemos con el Misterio, y ante el Misterio sólo nos cabe la actitud que Jesús nos enseñó: confiar en Dios, porque Dios es Padre, y por tanto nada nos puede hacer temer; estamos en buenas manos y nada DEFINITIVAMENTE MALO puede sucedernos en nuestra persona. Así, cuando bordeamos esas cuestiones "difíciles" (la muerte, el dolor...) hemos de reconocer que no tenemos respuestas claras y rotundas (la de cosas que hay que oír en quienes pretenden lo contrario, para no responder a nada y, con frecuencia, crear más confusión: "Dios lo necesitaba en el cielo", "Hay que resignarse", "Dios se lleva siempre a los mejores", "¿Qué habré hecho yo para que Dios me castigue así?" ...); pero tenemos la promesa de JC de que todo eso tiene respuesta, y un día nos será dada. (...).

.....

Deberíamos dejar de encerrar a nuestros seres queridos difuntos en una añoranza del pasado para tener presente que nos hemos de reunir con ellos en el futuro. Tanto mirar al pasado revela una buena dosis -aunque sea inconsciente- de recelo, de desconfianza, de sensación de haberlos perdido para siempre, cosa que nosotros no podemos, en absoluto, admitir, por lo ya dicho antes de que nos encontraremos con ellos en el futuro y porque debemos recordar nuestra fe en la comunión de los santos, en que seguimos estando unidos a ellos porque ellos siguen vivos, aunque no sepamos explicar muy bien cómo es esa vida de la que ellos gozan ya.

No olvidar nunca que Dios es un Dios de vida y de vivos, no un Dios de muerte.

El de hoy es, finalmente, un día para la esperanza. Si la muerte ha sido vencida, ¿qué nos puede hacer temblar? Nada. Si vencer la muerte es posible -ha sido realidad ya en JC-, todo el mundo nos ha abierto sus puertas, ningún horizonte está cerrado; para quien sepa encontrarle a la vida su más profundo sentido, todo será posible; para quien sepa ponerse confiadamente en manos de Dios ("Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"), habrá desaparecido toda esclavitud, toda opresión, toda muerte. Y todo esto llevará al hombre de fe a vivir en verdadera y continua esperanza; una esperanza tan lejos de una utopía irrealizable como de un sueño para compensar amarguras. Una esperanza que lo llevará a trabajar con toda confianza por ese mundo nuevo, distinto, en paz, en armonía y fraternidad que todos queremos, pero que pocos ponen los medios eficaces para alumbrarlo entre nosotros.

LUIS GRACIETA  
DABAR 1986, 54

-----

### 3. MU/RS.

-Asamblea de fe y esperanza

Ayer celebrábamos con espíritu de familia, en un ambiente de fiesta y de gozo, el éxito de la tarea de Cristo: que es posible vivir -con la ayuda de la gracia- el estilo de vida que El mismo nos enseñó y practicó. Celebrábamos, en definitiva, con gozo la gloria de aquella muchedumbre inmensa de bienaventurados que ya ven a Dios tal cual es.

Hoy, en cambio, en nuestra asamblea planea como un cierto tono de melancolía, de tristeza: la tristeza de la separación, del recuerdo lleno de añoranza y de amor, de todos los millones de hombres y mujeres "que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz".

El dolor, la tristeza, la añoranza son sentimientos muy humanos, ciertamente, y es bueno tenerlos. El recuerdo de nuestros seres queridos ya difuntos está presente a lo largo de nuestra vida.

Nos acordamos de ellos y les echamos en falta. Pero debemos tener claro que nuestra reunión es una reunión de cristianos, una reunión en la que está presente el Señor Resucitado, el Señor de la gloria, vencedor del pecado y de la muerte. Por eso la humana tristeza debe dejar paso a la fe y a la esperanza, a la confianza: confianza plena en el Padre-Dios porque "la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión; antes bien se renuevan cada mañana". Y confianza plena en Cristo Jesús: porque nos ha liberado de la humana tristeza, de la desesperanza, y ha dado sentido al hecho absurdo de la muerte. Por eso, la jornada de hoy, más que un día de duelo, de llanto y de tristeza, tiene que ser una jornada de plegaria intensa y confiada al Padre-Dios para que conceda "los gozos de la eterna bienaventuranza a los que creyeron en la resurrección futura".

-Hay que atravesar el estrecho para llegar a la playa del sol sin ocaso

Ciertamente que por nuestra naturaleza humana contingente nos vemos abocados a una muerte física inevitable. Y este hecho nos entristece. Pero creemos firmemente que en Cristo Jesús la muerte ha sido definitivamente vencida -la muerte ha sido matada. La muerte ya no tiene la última palabra. Ya no es un

fracaso. Ya no es el punto final: todo acabó. Desde la muerte-resurrección de Cristo, la muerte ya no es la puerta cerrada contra la que se estrella nuestra humana naturaleza, sino el estrecho que hemos de atravesar para llegar a la playa del sol sin ocaso, para entrar en la vida plena y por siempre. Por Jesucristo y con El estamos llamados a participar de la misma vida de Dios.

Por eso, aunque el hecho de la muerte ineludible nos entristece, es más fuerte el consuelo que nos da la esperanza cierta de que El "transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa".

Estemos bien, seguros, hermanos, el Padre-Dios no nos ha abandonado al dominio de la muerte, sino que nos ha llamado -nos llama- a participar de su plenitud de vida en Cristo Jesús.

-**HA RESUCITADO. Mirad el sitio donde lo pusieron**"  
(/Mt/28/06 /Mc/16/06 /Lc/24/06)

La cruz es nuestro signo de identidad. Ahora bien, la cruz, no obstante, no la encontramos nunca sola. En la cruz encontramos siempre al Crucificado, y hacia El dirigimos nuestra mirada y nuestro corazón. El Crucificado preside nuestras exequias. Y ante este instrumento de suplicio, pero sobre todo ante el Crucificado, el centurión que mandaba las tropas que custodiaban el Calvario exclamó: "Realmente este hombre era Hijo de Dios".

Este acto de fe no es sólo un sincero testimonio de humana admiración. Es el preanuncio exultante -aún envuelto en tinieblas- de la mañana de Pascua.

A pesar de todas las apariencias, en el corazón de los que vivieron el primer Sábado Santo, brotó el convencimiento de la victoria de Cristo Jesús. Un convencimiento que no es ilusorio, sino bien fundado: el Crucificado se les ha aparecido vivo y ha comido y bebido con ellos. Y de este convencimiento, de esta certidumbre, nacerá el anuncio exultante de Pascua: "**HA RESUCITADO. Mirad el sitio donde lo pusieron**".

Esta es nuestra fe y nuestra esperanza, nuestro convencimiento firme. Esta es la fe, la esperanza, el convencimiento firme, de la Iglesia. No es sólo la afirmación de un acontecimiento que afecte únicamente a Jesús: "Ha resucitado".

Es un acontecimiento de alcance cósmico, un acontecimiento que nos afecta a todos nosotros. Es el acontecimiento que caracteriza nuestra fe: creemos -creo- que Cristo Jesús, el Resucitado, es la fuente inagotable de vida para cada uno de nosotros, para todos y cada uno de los millones de hombres y mujeres que viven en nuestro mundo.

Ahora celebraremos la Eucaristía, el sacramento pascual de Jesucristo, que fue inmolado por nosotros y que resucitó glorioso.

Respetando la humana tristeza y el recuerdo cargado de añoranza de nuestros hermanos difuntos, hagamos revivir en nuestros corazones otros pensamientos que nos alimenten la esperanza: llenemos nuestros corazones de esperanza y, por qué no, de gozo: "HA RESUCITADO. Mirad el sitio donde lo pusieron".

A. ALVAR PEREZ

MISA DOMINICAL 1991, 15

---

4. /Lc/07/13

- "No llores"

De algún modo aquel "No llores" que dijo Jesús a aquella viuda a la salida de Naín, podemos escucharlo como dicho a cada uno de nosotros cuando recordamos a nuestros difuntos. Porque si El no nos devuelve a nuestros difuntos, sí nos dice que ellos viven, viven felices por y en su amor.

No nos devuelve la compañía de nuestros difuntos, pero nos asegura que es posible una comunión real entre ellos y nosotros. Es lo que hoy, en esta Conmemoración de los fieles difuntos, celebramos. Y nuestra oración, especialmente en esta Eucaristía, es la expresión muy real de esta comunión entre ellos y nosotros.

- Dios salvador da vida plena

Es natural que el hombre muera, como muere todo lo que sobre la tierra vive. Pero hay al mismo tiempo en el hombre un anhelo de inmortalidad, de que la vida no termine. Y la voluntad

del Dios salvador que se nos ha dado a conocer por Jesucristo es hacer realidad este anhelo del hombre: su voluntad es que el hombre viva, que la muerte inevitable sea una puerta que se abre a una vida superior, plena, de comunión participativa con la felicidad de Dios.

Con frecuencia, en nuestro modo de hablar espontáneo, tendemos a compadecer a los que mueren: "Pobre, tan joven..." o "Pobre, no ha podido ver crecer a los nietos que tanto quería", etc., etc. En realidad, si fuéramos más capaces de una mejor visión de la verdad de las cosas, deberíamos compadecernos de nosotros y alegrarnos por ellos. Los difuntos no viven en una especie de reino de sombras, sueños o irrealidades -como a veces parece que imaginemos- sino que viven en la realidad más viva y plena que es el Reino de Dios, aquel Reino que Jesús tantas veces compara a una gran fiesta, a un banquete gozoso y multitudinario. Son ellos los felices, ellos llegaron ya a la meta querida por el Dios de amor total; nosotros somos los que estamos aún en esta etapa difícil que es camino y no meta.

-El abrazo purificador de Dios.

Por eso, nuestra oración de hoy, nuestra oración de comunión con nuestros difuntos, debe estar penetrada de esperanza. Porque, como dice el nuevo Catecismo (n. 1037), "es necesaria una aversión voluntaria a Dios que persista hasta el final" para que un hombre se vea privado de vivir en la comunión de amor con Dios (aquella privación que denominamos "infierno"). Y no creemos que ninguno de nuestros difuntos que nos han querido viviera en esta aversión voluntaria y definitiva.

PURGATORIO/QUÉ-ES: Por eso podemos abrirnos con confianza a la esperanza. Sabemos que todo hombre, antes de poder vivir en esta inmensa felicidad que es el cielo -lo que san Pablo llama "la libertad gloriosa de los hijos de Dios"- es purificado de todo aquel polvo que arrastra de su paso por el camino terrenal. Una purificación que no es castigo sino el abrazo amoroso y renovador con que Dios recibe al hombre. Los teólogos dicen que el purgatorio no es un lugar o un tiempo -no es una especie de sala de espera- sino este estado de purificación con que el fuego del amor de Dios renueva -da nuevos ojos para ver y mejor corazón para amar- a todos sus

hijos llamados por gracia a compartir su plenitud de vida.

#### -Oración de comunión

La oración cristiana se caracteriza porque está tan llena de confianza en Dios que nos atrevemos a pedirle todo lo que deseamos. En nuestra vida de cada día, es a quien sabemos que más nos quiere a quien más nos atrevemos a pedir. Por eso, nosotros pedimos a Dios lo que anhelamos, con toda confianza. Y hoy pedimos eso: que todos nuestros hermanos difuntos, especialmente aquellos que conocimos y quisimos, vivan en su felicidad. Y pedimos también que algún día nosotros compartamos esta felicidad. En una comunión plena de la que es inicio la comunión en la oración. Y más aún, la comunión con Jesús, el que ha abierto definitivamente las puertas del Reino de Dios, del Reino de los cielos.

JOAQUIM GOMIS

MISA DOMINICAL 1993, 14

---

5.

En un antiguo artículo de la escritora estadounidense Pearl-S-Buck, en el que hablaba sobre la vida y la muerte, citaba la carta que le escribió una mujer desconocida que había perdido a su marido:

«Cuando mis pequeños no pudieron comprender el silencio de su padre, recientemente fallecido y que les quería mucho, traté de explicárselo describiéndoles el ciclo vital de su caballito de mar. Comienza como un gusano en el mar; pero, en el momento justo, emerge, y cuando se da cuenta de que tiene alas, vuela. Supongo -les dije- que los que se quedan en el agua se preguntan dónde se ha ido y por qué no vuelve. No puede volver porque tiene alas, ni los que se quedaron pueden volar junto a él porque todavía no las tienen». Y la escritora y premio Nobel concluye: «Es cierto; aún no tenemos alas, pero llegará un día». La historia es, sin duda, muy bella y consoladora, ¿pero es real? ¿Es verdad que «aún no tenemos alas», pero que llegará

un día en que todos nos volvamos a reunir de nuevo? Como es bello y consolador ese texto del Apocalipsis, en el que se presenta también simbólicamente lo que es la vida que nos espera detrás de la muerte: ha pasado este primer cielo y esta primera tierra con sus angustias y sus tristezas -también con sus amores, con sus alegrías y sus ilusiones-, y pasamos a ese cielo nuevo y esa nueva tierra, donde ya no hay llanto ni luto ni lágrimas ni dolor, porque el primer mundo ha pasado; donde Dios le ha dicho al corazón de nuestro hermano fallecido: "Yo soy tu Dios y tú eres mi hijo", y donde, sobre todo, la sed, la sed de felicidad y de perpetuidad que está grabada, como a fuego, en la entraña del ser humano, encontrará finalmente descanso porque «los sedientos beberán de balde de la fuente de agua viva». Pero, todo esto, ¿es algo más que un sueño, que un deseo humano, que una utopía..., que se acaban dando de bruces con la dura y trágica realidad de la muerte?

Si ese canto al amor que es el Cantar de los cantares decía que el amor es más fuerte que la muerte, si la esquila de sus amigos al hablar del amigo tenía que acabar diciendo que «siempre estarás con nosotros», también podemos creer que el amor del Dios que es Amor -con mayúsculas- es más fuerte que la misma muerte; que el destino de sus amores, de sus luchas, de sus alegrías y de sus tristezas, no fue la muerte definitiva, sino la vida que no se acaba ya junto a Dios, desde la que podemos ya decir también, con una fe humilde pero esperanzada: «¡Dichosos los muertos que mueren en el Señor! Sus obras les acompañan".

Y aquí cito el salmo, que juntos hemos rezado:

«El Señor es mi luz y mi salvación»: que el que ayudó a muchos a ver mejor, se haya encontrado ya con ese Dios que es la única y definitiva luz que nos ilumina. «Dice mi corazón: busca su rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro». Porque detrás de nuestras búsquedas, de nuestros deseos de ver, está el rostro de Dios a quien nuestros ojos van buscando en la vida, aunque no nos demos cuenta de ello, hasta que, finalmente, nuestros ojos se encuentren con el Dios Amor a quien buscábamos.

Quiero acabar con la oración de un creyente ante la muerte de un amigo: «Al morir un amigo, algo de mí, que ya era él, se fue.

Algo de mí, resucitó en él. Algo de él, que todavía es yo, se quedó. Algo de él espera a mi resurrección». Es la palabra de fe y de esperanza que hoy podemos pronunciar: «Es cierto: aún no tenemos alas, pero llegará el día» en que vuestros ojos vean finalmente al amigo, al esposo, al padre, al hijo..., que allí les espera y donde será realidad la frase final de la esquela: «Estarás siempre con nosotros".

JAVIER GAFO

DIOS A LA VISTA

Homilías ciclo C. Madrid 1994. Pág. 408 ss.

---

## 6. LA DAMA DEL ALBA

¡Qué impresionantes «El séptimo sello» de Ingmar Bergman! Aquel caballero que regresa de «las cruzadas» vuelve hundido, amargado por la experiencia de la guerra y las calamidades sufridas. Para colmo, en momentos críticos de su camino de regreso, en paisajes siempre desolados, se le aparece la Muerte, en una figura negra y espigada que produce en el espectador un escalofrío. Como el caballero no quiere morir, juega con la Muerte al ajedrez, inventando nuevas jugadas --¿os acordáis?-- para ir retrasando el «jaque-mate» que la muerte le tiene planteado.

He ahí el tema. El hombre no quiere morir. Ni tampoco pensar en que tiene que morir. El individuo de todos los tiempos, con los medios de que dispone, trata de ganar jugadas a la muerte. ¡Ya que tiene que llegar, que se retrase lo más posible! En los tiempos actuales, más que nunca. Son tantos los adelantos de la ciencia en pro de la salud y tantos los medios de divertirnos, que nos agarramos a ellos desesperadamente, tratando de «evadirnos» y no pensar en esa realidad.

Pero esa realidad está ahí. Alejandro Casona, en «La tercera palabra» describió hermosamente la historia de un joven que va creciendo solitaria y salvajemente en el monte. Y, sin embargo, en aquella soledad, en plena naturaleza, es capaz de encontrar por sí mismo la verdad escondida en estas tres palabras: Dios,

Amor y Muerte.

Sí. La muerte es una realidad que va creciendo en nosotros.

Cabodevilla, con esa agudeza y serenidad con que mira las cosas, viene a observar que «lo mismo que de una botella medio llena podemos decir que está medio vacía», de un individuo «que ha consumido la mitad de la vida, se puede decir que la muerte le llega hasta la cintura». Y añade un pensamiento bien realista: La palabra «desvivirse» no sólo la podemos emplear refiriéndonos al individuo que «emplea su vida en favor de un ideal», sino que podemos aplicarla --«nos desvivimos»-- a cada uno de nosotros, ya que «vivir, al pie de la letra, es ir dejando de vivir».

Quizá, al leer mi glosa de hoy, «os estáis entristeciendo como los hombres que no tienen esperanza». Pues no es ése mi deseo, sino todo lo contrario.

Los textos de la liturgia de este 2 de noviembre, nos presentan un espléndido horizonte de luz. La Palabra de Dios, sin negar esa realidad descrita, abre ventanas y realidades ulteriores. Así, comienza por colocar en el centro, como causa y razón de esa visión de luz y esperanza, el hecho de «la Muerte y Resurrección de Cristo», la cual ocurrió «propter nos homines y propter nostram salutem». Admitido ese suceso, las conclusiones van saliendo por sí solas: «Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección», dirá Pablo. Y en otro sitio, más tajantemente: «Si Cristo ha resucitado, también nosotros resucitaremos». O las consoladoras palabras del mismo libro de La Sabiduría: «La vida de los justos está en manos de Dios y no los tocará el tormento. La gente insensata pensaba que morían, consideraban su tránsito una desgracia..., pero ellos están en paz». Conviene leer igualmente «aquella voz del cielo» que oyó el apóstol Juan: «Dichosos los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les van acompañando». Y para no alargar este florilegio, quedémonos con las palabras de Jesús: «cuando yo me vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde esté yo, estéis también vosotros».

Sí, impresionaba aquella figura de la Muerte que puso Bergman en «El séptimo sello». Era un rostro tétrico y blanquísimo rodeado de negro por todas partes, un manto negro que caía hasta el suelo. Alejandro Casona escribió un poema dramático sobre la muerte y la encarnó en una dama dulce,

blanca y bellísima. La llamó «la dama del alba».

Me gusta más. Mucho más. Porque la muerte en Cristo lleva al cristiano al Alba de un Día que no termina. El prefacio de la Misa de hoy asegura: «La vida no termina, se transforma».

ELVIRA-1. Págs. 109 s.

---

7.

El sufrimiento de una derrota

El fragmento del libro de las Lamentaciones, que hemos escuchado como primera lectura, fue escrito con motivo de la destrucción de Jerusalén por los babilonios, cuando los judíos principales fueron desterrados a su imperio. Este libro recoge la vida de unos hombres que sufrieron la derrota de su país y tuvieron que luchar con tesón contra la muerte de su pueblo. Pero no pudieron impedir la destrucción de Jerusalén y de su templo, que habían sido construidos con mucho esfuerzo y durante algunos siglos. Y, ahora, ¡ya no quedaba nada de ellos!

La muerte es una derrota

El testimonio de aquellos hombres (conservado en el libro de las Lamentaciones) forma parte de la Palabra de Dios y, hoy, Conmemoración de los Fieles Difuntos, puede iluminar nuestra situación. Porque nosotros hemos tomado conciencia de que el enemigo mayor que tenemos es la muerte, cuando ésta se ha llevado a su Imperio a personas que amábamos. A muchas de ellas las perdimos después de luchar con fuerza contra la enfermedad y la misma muerte. Y ahora nos damos cuenta de que, de su vida, construida con tantos años de trabajo y esfuerzo, ya no queda casi nada; sólo queda su recuerdo apreciado.

Y nosotros, abatidos como los judíos de Babilonia, decimos: "Me han arrancado la paz y ni me acuerdo de la dicha. Me digo: se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor".

Hay razones para no desesperar

Pero no vamos a pasarnos la vida dando vueltas y más vueltas a la desgracia; porque, sólo mirando hacia fuera, podremos volver a encontrar nuestro propio camino y el sentido de nuestra vida. Por eso, san Pablo, en la segunda lectura que escuchábamos, nos ha dicho: "Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva". Son palabras que, hoy, hemos de hacer muy nuestras; porque es cierto que nuestra esperanza recibe un duro golpe cada vez que topa con la muerte de una persona querida; pero, también es cierto que el recuerdo del Amor y la Fidelidad de Dios, que hemos encontrado expresadas en el evangelio de hoy, renuevan cada mañana nuestra esperanza.

En la casa de mi Padre hay muchas estancias  
Hoy tendríamos que hacer muy nuestras las palabras del evangelio que hemos escuchado y que ponen en boca de Jesús esta Buena Noticia: "En casa de mi Padre hay muchas estancias". Porque nos ayudarían a creer que nuestros difuntos ya han sido acogidos en ellas; porque Dios es Padre y ama siempre y, en su amor, todos tenemos un sitio. Dios, a quien nada pasa por alto, no quiere que se pierda ni la más pequeña migaja del amor que tenemos a los demás, por pequeño que éste sea. Por tanto habrá sabido descubrir el amor (sea poco, sea mucho) que vivieron nuestros difuntos y no permitirá que quede enterrado por siempre.

El porqué de nuestra oración

Alguien se podría preguntar: si todos tenemos un sitio asegurado en la casa del Padre, si la salvación es un don gratuito que él nos ofrece, ¿por qué debemos orar por nuestros difuntos, como lo hacemos hoy? Pues bien, nosotros oramos porque la oración es siempre un diálogo renovador con Dios: nosotros aportamos en él las graves preocupaciones que tenemos y él se nos da totalmente. Sabemos que Dios ama a los que quieren permanecer fieles a su alianza. Y sabemos que nuestros difuntos no querían romperla, esta alianza con Dios, y nosotros mismos estamos aquí porque la queremos vivir

intensamente. Por eso, la oración, hoy, brota de nuestros labios con la seguridad de que Dios nos escucha, porque nunca se hace el sordo.

Y ahora que nos disponemos a celebrar el memorial de Jesucristo, contemplamos su Resurrección: es la respuesta de Dios a los que le aman y es también un poco de luz que nos permite, en medio de las tinieblas que la muerte provoca en nosotros, ver nuevamente el camino y seguir adelante. Con la tranquilidad que nos da el saber que nuestros difuntos están en buenas manos.

JAUME GRANÉ  
MISA DOMINICAL 1994, 14

---

8.

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración litúrgica de hoy, 2 de noviembre, nos encamina hacia pensamientos de eternidad, la cual abre ante nosotros perspectivas de aquel "nuevo cielo" y de aquella "nueva tierra" (Apocalipsis 21,1), que serán la "morada de Dios entre los hombres" (v. 3). Entonces Dios enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos. ni trabajo, porque todo esto es ya pasado" (v. 4). Esta es ya realidad vivida por la inmensa multitud de los santos que en el cielo gozan de la visión beatífica de

Dios. Nos hemos reunido aquí para contemplar su gloria, alegrándonos con la esperanza de

poder un día compartir con ellos la misma alegría, acordándose de las promesas de Jesús:

"En la casa de mi padre hay muchas moradas... voy a prepararos el lugar" (Juan 14,2).

Radica en esta certeza la serenidad del cristiano frente a la muerte. Dicha certeza no

procede de una especie de insensibilidad o de apática resignación al dato de hecho, sino del convencimiento de que la muerte no tiene en el destino humano —contrariamente a lo que

parece— la última palabra. La muerte puede y debe ser vencida por la vida. La perspectiva última, la esperanza para el cristiano que vive en gracia de Dios no es la muerte, sino la vida. Y la vida eterna, como dice la Escritura: Es decir, una participación plena e indefectible, más allá de los confines de la vida presente y más allá de la muerte, en la vida misma infinita de Dios.

No debe eliminarse el pensamiento de la muerte

La conmemoración, hoy, de todos los fieles difuntos nos lleva lógicamente a meditar sobre la muerte, sobre este hecho misterioso y desconcertante, que todos conocemos bien, pero que, a veces, acaso nos esforzamos por eliminar del horizonte de nuestra conciencia como un pensamiento importuno y fastidioso, creyendo llevar, de esta forma, una vida más serena. Sucede, por ello que, incluso en ciertas circunstancias —por ejemplo, en ciertas enfermedades graves— durante las cuales el pensamiento de la muerte aparece espontáneamente, se busca, en cambio, alejarlo de nosotros o de los demás, creyendo acaso que, de esta forma nos mostramos piadosos o delicados.

Deberemos, más bien, preguntarnos, también nosotros cristianos, si es así y en qué medida, sabemos pensar en la muerte. Y cómo sabemos hablar de la muerte.

Ahora bien, una de las verdades fundamentales de nuestro credo ¿no es, acaso, una cierta concepción de la muerte?

¿Acaso no ofrece nuestra fe una luz decisiva —y extraordinariamente consoladora— sobre el significado y -podríamos decir- el valor de la muerte? En efecto, es justamente así, queridos hermanos y hermanas. Para nosotros, cristianos, la muerte es un valor. Es, sin duda alguna, cierto que la muerte, para nosotros cristianos, es y sigue siendo un hecho negativo, ante el cual nuestra naturaleza se rebela; sin embargo, como sabemos, Cristo ha sabido hacer de la muerte un acto de ofrecimiento, un acto de amor, un acto de rescate y de liberación del pecado y de la muerte misma. Aceptando cristianamente la muerte vencemos —y para siempre—la muerte.

¿Qué pedimos, queridos hermanos, para nuestros hermanos difuntos? ¿Qué esperamos? Su liberación de todo mal, tanto de la culpa como del sufrimiento. Es la esperanza inspirada por la

indestructible palabra de Cristo y por el trascendente mensaje de la Sagrada Escritura. El cristianismo es victoria final y cierta sobre toda forma de mal, sobre el pecado, en primer lugar, y, "en el último día", sobre la muerte y sobre todo sufrimiento.

Aquí abajo nuestra liberación comienza con la libertad del pecado, que es lo fundamental y la condición para todo el resto. El sufrimiento permanece como medio de expiación y de rescate. Pero, si morimos en gracia de Dios, sabemos con certeza que entramos en la vida y en la bienaventuranza y que nuestra alma asumirá de nuevo, un día, aquel cuerpo que ha sido deshecho por la muerte, para que también éste participe, de alguna forma, en la bienaventurada visión del paraíso.

"El Señor es mi luz y mi salvación,

¿a quién temeré?

El Señor es baluarte de mi vida.

¿Quién me hará temblar?

Una cosa pido al Señor,

y esta sola buscaré:

Habitar en la casa del Señor

todos los días de mi vida" (Salmo 26-27, 14).

La vida de aquí abajo no es un camino hacia la muerte, sino hacia la vida, hacia la luz, hacia el Señor. La muerte, comenzando por la del pecado, puede y debe ser vencida.

Recemos por nuestros hermanos que nos han precedido en el camino de aquí abajo, combatiendo "el buen combate" de la fe, y pidamos para ellos:

"Dales el eterno descanso, oh Señor,

y brille para ellos la luz perpetua."

Así los recordamos para que se encuentren en el descanso, estén en la paz, para que puedan gozar los frutos de sus fatigas y de sus renunciaciones, para que sus sufrimientos no hayan sido vanos. Para que gocen de lo que han deseado: "Habitar en la casa del Señor todos los días de la vida."

Con mi bendición

JUAN PABLO II

Discurso en la audiencia general de  
noviembre de 1988

9.

Hoy es la fiesta de los fieles difuntos. Es continuación y complemento de la de ayer. Junto a todos los santos ya gloriosos, queremos celebrar la memoria de nuestros difuntos. Muchos de ellos formarán parte, sin duda, de ese «inmenso gentío» que celebrábamos ayer. Pero hoy no queremos rememorar su memoria en cuanto «santos» sino en cuanto difuntos.

Es un día para presentar ante el Señor la memoria de todos nuestros familiares y amigos o conocidos difuntos, que quizá durante la vida diaria no podemos estar recordando. El verso del poeta «¡Qué solos se quedan los muertos!» puede no expresar tanto quizá un defecto cuanto una limitación humana: no podemos vivir centrados exhaustivamente en recuerdo, por más que seamos fieles a la memoria de nuestros seres queridos. Nosotros acabamos olvidando a nuestros difuntos, al menos en el curso de la vida ordinaria. Ellos son los que no se olvidan de nosotros, porque al entrar en la vida eterna entran en el modo de conocer de Dios mismo, para quien todo está presente, y lo está bajo una luz nueva, incomprensible para nosotros.

Por eso, este día es una ocasión propicia para cumplir con el deber de nuestro recuerdo agradecido. Es una obra de solidaridad el orar por los difuntos.

Puede ser buena ocasión para hacer una catequesis sobre el sentido de la oración de petición respecto a los difuntos, para lo que sugerimos esquemáticamente unos puntos:

-el juicio de Dios sobre cada uno de nosotros es sobre la base de nuestra responsabilidad personal, no en base a influencias externas ("argollas, enchufes, recomendaciones, padrinos,

coimas");

-Dios no necesita de nuestra oración para ser misericordioso con nuestros hermanos;

-no rezamos para cambiar a Dios, sino para cambiarnos a nosotros mismos;

-no imaginemos la vida eterna como una simple prolongación de este mundo.

## SERVICIO BIBLICO LATINOAMERICANO

---

10.

- Recordar a los difuntos

Hoy, seguro que todos los que estamos aquí llevamos en el corazón el rostro y el nombre de familiares, amigos, conocidos difuntos. (Y quizá no estaría nada mal que uno a uno subiéramos todos aquí a decir estos nombres de la gente que hemos conocido y hemos amado, la gente que hemos tenido cerca y que ahora ya no están entre nosotros).

Nos hemos reunido aquí, precisamente, para recordarlos a todos, y para orar a Dios, nuestro Padre, con la confianza de que él los ama tanto como nosotros, más que nosotros, y que los acoge en su Reino de vida, de amor y de paz.

Recordemos hoy, pues, con este espíritu de fe y de oración, a nuestros hermanos y hermanas difuntos. Los que tenemos más cerca, los que tocan más fuertemente nuestro corazón y nuestros sentimientos, los que forman parte importante de nuestra vida. Y también los otros, los que no conocemos, los que quizás nadie recuerda. Tengámoslos presentes a todos, en esta reunión de la familia cristiana que hoy celebramos.

- El amor de Dios, la vida nueva de Jesucristo

Crear en Dios significa creer en un amor que está más allá de las debilidades humanas. Un amor que es más fuerte que el mal que los hombres podemos hacer. Un amor que es vida para

siempre, esperanza que no falla, confianza infinita. Hoy, en este día de recuerdo de los hermanos y hermanas difuntos, sin duda que en nuestra reunión está presente el dolor que siempre comporta recordar a las personas que ya no están entre nosotros. Pero sin duda que también sentimos la paz que nos da saber que nuestros difuntos están en buenas manos, en las manos de este Dios que quiere acoger a todos sus hijos e hijas.

Crear en Dios significa esto. Y para nosotros, los cristianos, aún significa algo más. Creemos que Dios ha venido a vivir en medio de nosotros, creemos que Dios ha vivido nuestra misma vida en la persona de su Hijo Jesús. Nuestra misma vida, con sus angustias y dolores, con sus ilusiones y esperanzas. Nuestra misma vida, vivida con un amor infinito, totalmente entregado, dispuesto a todo. Un amor hasta la muerte. Pero un amor que ha vencido, definitivamente, el mal, el dolor y la muerte misma. Un amor que es resurrección, vida nueva para siempre.

Y, por eso, nosotros, los cristianos, cuando recordamos a nuestros difuntos, los recordamos mirando a Jesús, muerto en la cruz por amor, y que ha resucitado, y que vive por siempre, y que nos llama a todos a compartir su vida.

Nosotros, cuando recordamos a nuestros difuntos, lo hacemos con la esperanza de que compartirán esta vida nueva de Jesús, su resurrección. Y que también nosotros compartiremos un día esta vida, si realmente caminamos por este mundo siguiendo los pasos de Jesús, amando como Jesús, y confiando en Dios como Jesús confiaba.

Hoy, en esta Eucaristía que celebramos recordando a nuestros difuntos, comeremos el Cuerpo de Cristo para unirnos a él más fuertemente. Porque la Eucaristía es compartir ya ahora su vida nueva, como prenda de que un día viviremos su resurrección. Tal como él nos dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día".

- Saber vivir la muerte

Que este encuentro cristiano de hoy nos ayude a vivir con más confianza este hecho tan decisivo en la vida de todos que es la muerte. Que estemos preparados cuando se aproxime para cada uno de nosotros, y que sepamos ayudar a aquellos que

tenemos cerca cuando veamos que se les aproxima. Porque a veces nos pasa que no queremos ver la muerte, y la escondemos, y nos parece que los niños y los jóvenes deben vivir como si no existiera... Y a veces tenemos en casa un anciano que está muriendo, y nos empeñamos a llevarlo a un hospital para que lo mareen con quién sabe cuantas curas y no pueda terminar sus días en paz y en compañía de sus familiares...

Sí, hoy es un día importante para recordar a nuestros difuntos, y para mirar la muerte de cara, y para consolidar nuestra confianza en el Dios de la vida, el Dios que acoge a todos sus hijos en su amor que nunca acaba...

EQUIPO-MD

MISA DOMINICAL 1998, 14 15-16

-----

11.

Ayer recordábamos a todos los Santos. Hoy, a los Fieles Difuntos. Las dos fechas están cercanas y, probablemente, muchos ya fueron a visitar a los suyos en el cementerio en la tarde de ayer.

De entre las muchas lecturas que el Leccionario ofrece para las misas de difuntos, elegimos tres que nos parecen más adecuadas para hoy: /Lm/03/17-26; Salmo 22; Flp 3,20-21; Mc 15,33-39;16,1-6.

Esta propuesta quiere resaltar que no celebramos las exequias de una persona concreta, sino que las recordamos a todas y, además, con un tono pascual, a partir del acontecimiento de la muerte y la resurrección de Cristo. Hoy es un buen día para leer juntos, en el evangelio, los dos aspectos de un único misterio: la muerte y la resurrección de Cristo, como prototipo de lo que nos espera a todos en la muerte, como paso a la vida.

EL MIEDO A LA MUERTE Y LA CONFIANZA EN LOS PLANES DE DIOS

La muerte nos atemoriza y nos llena de interrogantes. En la primera lectura escuchamos: "No hago más que pensar en ello y estoy abatido". Es lo mismo que nos pasa a nosotros cuando pensamos en la muerte. Pero ya en el AT triunfaba la esperanza: "La misericordia del Señor no termina, no se acaba su compasión... El Señor es bueno para los que en él esperan y lo buscan. Es bueno esperar la salvación del Señor".

¡Cuánto más nosotros, que conocemos la salvación de Dios en Cristo Jesús! Nosotros sabemos que el plan de Dios es que, al final de todo, Cristo Jesús, que ya nos ha precedido en el paso de la muerte a la vida, nos transformará a todos "según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para sometérsele todo", como nos ha dicho Pablo. El modelo es el mismo Jesús, que también murió, pero fue resucitado por el Espíritu de Dios y pasó a la "condición gloriosa". A esa existencia estamos también destinados nosotros.

El salmo 22 nos hace cantar esta confianza: "El Señor es mi pastor, nada me falta. Aunque camine por cañadas oscuras (¿y qué cañadas más oscuras que la muerte?), nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan". No sabemos cómo será la muerte. Pero estamos convencidos de que al final del camino seremos invitados a participar de la vida de aquél en quien creemos, Cristo Jesús, que es el camino, la verdad y la vida, y a la vez el Juez que nos recibirá más allá de la muerte. Él nos dijo: "No se turbe vuestro corazón: me voy a prepararos un lugar" (Jn 14,1-2).

## LA PASCUA DE CRISTO ILUMINA NUESTRA MUERTE

Nos va bien celebrar este día de los difuntos. Nos recuerda que somos peregrinos, que vamos caminando hacia el destino como "ciudadanos del cielo", que no tenemos aquí morada permanente, sino que estamos destinados a una vida definitiva y mucho mejor.

La muerte es algo serio. Nos llena de dolor cuando nos toca de cerca y nos infunde miedo el pensar en ella. Nos plantea interrogantes y sigue siendo un misterio. También Cristo lloró por la muerte de su amigo Lázaro y tuvo miedo ante su propia muerte. Pero lo que nos distingue a los cristianos de los demás es que miramos a la muerte con fe. Dios la ilumina con el hecho

de la muerte y resurrección de Cristo, no resolviendo el misterio, sino dando sentido a su vivencia. No sabemos cómo, pero la última palabra no la tiene la muerte. Dios nos ha creado para la vida. Lo mismo que la cruz de Cristo no fue el final, sino el paso a la nueva existencia gloriosa.

La misa de hoy -con textos que haremos bien en proclamar expresivamente- nos ayuda a ver la muerte desde la perspectiva de la Pascua de Cristo, el "primogénito de entre los muertos": "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá"; "resucitaste a tu Hijo... concede a tus siervos difuntos que, superada su condición mortal, puedan contemplarte para siempre". Hemos proclamado la muerte de Cristo: "Dando un fuerte grito, expiró". Pero a la vez escuchamos el gozoso anuncio de los ángeles: "No os asustéis. No está aquí. Ha resucitado".

En cada Eucaristía recordamos a los difuntos, y no sólo hoy. En la plegaria eucarística nos sentimos unidos a los "que nos han precedido con el signo de la fe y duermen el sueño de la paz", a quienes "durmieron con la esperanza de la resurrección" y "descansan en Cristo". Recordamos incluso a los que no fueron cristianos, a los difuntos, "cuya fe sólo Dios llegó a conocer". Por todos ellos pedimos a Dios que les conceda su luz y su felicidad. La mejor oración que podemos elevar por los difuntos es la Eucaristía. Por eso, en las oraciones le decimos a Dios que se cumplan en los difuntos sus planes de amor y de vida: "Que nuestros hermanos difuntos, por cuya salvación hemos celebrado el misterio pascual, puedan llegar a la mansión de la luz y de la paz"; "alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que murió y resucitó por nosotros, te pedimos, Señor, por tus siervos difuntos...".

J. ALDAZÁBAL

MISA DOMINICAL 1998, 14 11-12

Hoy es también la fiesta de los fieles difuntos. Es continuación y complemento de la de ayer. Junto a todos los santos ya gloriosos, queremos celebrar la memoria de nuestros difuntos. Muchos de ellos formarán parte, sin duda, de ese «inmenso gentío» que celebrábamos ayer.

Pero hoy no queremos recordar su memoria en cuanto «santos» sino en cuanto difuntos.

Es un día para presentar ante el Señor la memoria de todos nuestros familiares y amigos o conocidos difuntos, que quizá durante la vida diaria no podemos estar recordando. El verso del poeta «¡Qué solos se quedan los muertos!» puede no expresar tanto quizá un defecto cuanto una limitación humana: no podemos vivir centrados exhaustivamente en recuerdo, por más que seamos fieles a la memoria de nuestros seres queridos.

Nosotros acabamos olvidando a nuestros difuntos, al menos en el curso de la vida ordinaria. Ellos son los que no se olvidan de nosotros, porque al entrar en la vida eterna entran en el modo de conocer de Dios mismo, para quien todo está presente, y lo está bajo una luz nueva, incomprendible para nosotros.

Por eso, este día es una ocasión propicia para cumplir con el deber de nuestro recuerdo agradecido. Es una obra de solidaridad el orar por los difuntos.

Puede ser buena ocasión para hacer una catequesis sobre el sentido de la oración de petición respecto a los difuntos, para lo que sugerimos esquemáticamente unos puntos:

- el juicio de Dios sobre cada uno de nosotros es sobre la base de nuestra responsabilidad personal, no en base a influencias externas ("argollas, enchufes, recomendaciones, padrinos, coimas");
- Dios no necesita de nuestra oración para ser misericordioso con nuestros hermanos;
- no rezamos para cambiar a Dios, sino para cambiarnos a nosotros mismos;
- no imaginemos la vida eterna como una simple prolongación de este mundo.

**SERVICIO BIBLICO LATINOAMERICANO**

---

13.

## RESUCITAREMOS CON CRISTO

Dice el Concilio que "el máximo enemigo de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo, pero su máximo tormento es el temor de un definitivo aniquilamiento. Juzga con instinto certero, cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y de la desaparición definitiva de su personalidad. La semilla de eternidad que lleva en sí se subleva contra la muerte"

2. El mundo secularizado divide la vida humana en dos realidades biológicas contrarias: la vida y la muerte. Pretende extraer de la vida el máximo rendimiento en éxito, poder, dinero y placer, y ante la muerte experimenta horror, espanto, desesperación y angustia. E inconscientemente, adopta la actitud del avestruz, y, silencia la muerte como si no existiera. Luis XIV, el rey Sol francés, sentía tal horror ante la muerte que se construyó el Palacio de Versalles, tratando de escapar de la proximidad de panteón de los Reyes de Saint Donis en San Germain, porque le recordaba la muerte. Y hasta un día que el predicador exclamó conmovido en el sermón: "Todos mueren, Majestad", le lanzó una mirada fulminante que estremeció al orador y le hizo corregirse: "-Casi todos, Majestad". Como resultado se absolutiza la vida terrena y se rechaza la muerte, que ha quedado convertida en tabú, del que se habla muy poco.

3. Ante esta visión terrena de la vida que se queda en las fronteras de este mundo, los cristianos hemos de tener el coraje de oponer la visión cristiana de la vida y de la muerte, con la fe en la resurrección, que es la gran novedad del evangelio de Jesús. Cristo resucitado, convertido en primicia de los que han muerto, explica nuestra vida terrena y nuestra muerte, y nos garantiza la certeza de nuestra resurrección. A la visión biológica vida-muerte, naturalista y terrena, Cristo añade:

RESURRECCION. No hay una separación, sino una continuación y consumación de la misma vida.

4. Por el Bautismo hemos penetrado los cristianos en la muerte de Cristo que destruye el pecado y nos deja la semilla de la vida, "para caminar en una vida nueva" , a través de la continuada muerte y resurrección que anuncia San Pablo: "Cada día muero" . Cristo, la resurrección y la vida, que ha dicho "el que crea en Mí, aunque haya muerto, vivirá", hace caer el muro entre la vida y la muerte con la fuerza de su RESURRECCION.

5 Cristo ha vencido en su propio terreno a la muerte. En torno de la carita de una niña zurea una avispa. Aterrorizada, grita la niña. Corre su madre y abraza a la niña y la avispa clava su agujón en el cuerpo de la madre, que recibe en su cuerpo el pinchazo de la avispa. Así puede preguntar Pablo: "¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿dónde está, muerte, tu agujón?" . "Yo los salvaré del poder de la muerte" .

6. "¿Y la muerte? ¿Dónde está la muerte?/. En lugar de la muerte tenía la luz", escribió un poeta. "Morir sólo es morir./ Morir se acaba./ Morir es una hoguera fugitiva./ Es cruzar una puerta a la deriva / y encontrar lo que tanto se buscaba" (Martín Descalzo). Sin embargo la realidad de fe no elimina la sensibilidad humana ante el hecho traumático de la muerte, pero le da un sentido. ¿No lloró Jesús ante el sepulcro de Lázaro, a punto de resucitarlo?. Y ¿no se sintió triste hasta la muerte en Getsemaní y pidió al Padre que pasara de Él el cáliz?.

7. Nuestra resurrección seguirá el modelo de Cristo viviendo una vida nueva en la que nos encontraremos a nosotros mismos pero de un modo diverso: "Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción; se siembra en vileza y resucita en gloria; se siembra en flaqueza y resucita en fuerza; se siembra cuerpo animal y resucita cuerpo espiritual" .

8 Nosotros conocemos la muerte, como una realidad que ha causado en nuestra carne desgarramientos dolorosos. Vienen a nuestra mente nombres de personas, rostros, palabras

hermosas, que llenan el recuerdo de los días vividos juntos, de los lugares animados por personas queridas y amadas. San Agustín nos cuenta su tristeza al morir su madre y su llanto copioso. El lenitivo nos lo ofrece la fe. Pensemos que están con nosotros. Si son invisibles, no están ausentes. Nos podemos comunicar con ellos. Están presentes a nosotros con su oración, inspiraciones, el amor, que permanece completamente purificado, o en vías de purificación. Por eso ofrecemos hoy la Eucaristía, para que la Sangre de Cristo la acelere.

9 "Si el grano no cae en la tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, produce mucho fruto" . De ese grano muerto en el calvario y enterrado, han brotado tres espigas: la de la vida celeste, la de la vida que se purifica y la que peregrina en este mundo. Las tres están unidas en la caridad. Estamos unidos con nuestros difuntos, y ellos nos ven, como el jardinero ve las rosas en el jardín, aunque las rosas, que viven una vida inferior, no vean al jardinero. Nosotros somos esas rosa visibles pero ciegas.

10 Los que se fueron, ante la muerte se han sentido como el niño que va a nacer: Al tener que salir del seno materno, al aire y la luz de este mundo, si el niño tuviera conciencia de su momento, creería que iba a morir. La realidad es que va a comenzar una nueva etapa en su vida: va a gozar de una vida más plena. Cristo Resucitado ha ganado esta victoria para el hombre, lleno de ansiedad y pobre ante el misterio de la muerte, liberándolo de la muerte con su propia muerte.

11 Dice el Concilio: "La Iglesia de los viadores, teniendo perfecta conciencia de la comunión que reina en todo el cuerpo místico de Jesucristo, ya desde los primeros tiempos, guardó con gran piedad la memoria de los difuntos y ofreció sufragios por ellos, porque "santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos para que queden libres de sus pecados" .

12 La fe nos ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros hermanos queridos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida

verdadera. "Este Concilio recibe la venerable fe de nuestros antepasados sobre el consorcio vital con nuestros hermanos de la gloria celeste, o de los que se purifican después de la muerte y confirma los decretos de los Concilios Niceno II, Florentino y Tridentino". "Nuestra debilidad queda más socorrida por su fraterna solicitud" . "La iglesia peregrinante, reunida en Concilio, sintió la necesidad de manifestar su conciencia de estar ontológicamente unida a la Iglesia celeste". "Algunos de los discípulos del Señor peregrinan en la tierra, otros, ya difuntos, se purifican, mientras otros son glorificados contemplando claramente el mismo Dios, Uno y Trino, tal cual es; mas todos estamos unidos en fraterna caridad y cantamos el mismo himno de gloria a nuestro Dios .

13 La muerte es un episodio, un paso, una pascua, una transformación. Habrá dolores, porque el grano de trigo no muere sin destrucción. El despojo que la muerte obra en el hombre para pasar a la vida nueva, se obra con dolor y quebranto. Pero no nos fijemos exclusivamente en esa destrucción olvidando sus consecuencias en el más allá. Iluminados por la fe hemos de contemplar a nuestros difuntos camino de la Pascua de Cristo, que con su muerte destruyó la muerte, y con su Resurrección nos dio la vida. Cristo ha hecho de su muerte el momento más trascendente de su vida, para llevarlos a la vida de Cristo donde viven y vivirán para siempre unidos a nosotros.

14 Cuando nace un niño prematuro, el cariño de sus padres lo deposita en la incubadora hasta que llegue a su plena maduración. El bautismo nos sembró la semilla de la resurrección. Durante nuestra vida se va desarrollando Cristo por el ejercicio de las virtudes evangélicas y el alimento de los sacramentos, sobre todo de la eucaristía: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, vivirá eternamente" . Esta vida culmina en la muerte, en la cual el cristiano se asimila a Cristo muerto y resucitado. Si al morir está todavía inmaduro, el mismo cristiano al verse ante Dios, se ve imperfecto y dice como San Pedro: "Apártate de mí, Señor, que soy un pecador, aunque quiero estar contigo". El Padre Dios coloca a ese cristiano, a ese hijo

inacabado en una incubadora que se llama Purgatorio, negado por los protestantes, pero definido por la Iglesia Católica. Ayudemos hoy y cada día a nuestros difuntos, con nuestra oración y con el santo sacrificio, a culminar su proceso de curación y maduración.

J MARTI BALLESTER

---

14.

Al día siguiente a la fiesta de Todos los Santos, explosión de la gracia y de la salvación de Jesucristo en nosotros, en la Iglesia del cielo y de la tierra, la liturgia nos invita a celebrar el día de los Fieles Difuntos. De todos. Originariamente tan sólo de los "fieles", esto es, de los cristianos. Un día destinado a orar por todos aquellos que ya nos dejaron en este mundo y que creemos necesitan de nuestra oración, para que Dios se apiade de ellos y les otorgue, definitivamente, la gloria del cielo.

Orar los unos por los otros, y sobre todo por los difuntos, es una práctica muy eclesial, muy cristiana, que nos hace conscientes de nuestra comunión. Pero desde nuestra sensibilidad moderna y desde la formación teológica, puede aparecer alguna cierta contradicción: esta celebración parece que no acaba de creer en la salvación de la Pascua de Cristo. Nació en Cluny durante el siglo X, fruto de una teología y, sobre todo, de una antropología muy alejadas de las nuestras. De hecho, la celebración entera, con los textos tomados tanto del Ritual de Difuntos -quizás algunos debieran de ser revisados-, como de la misma celebración de hoy, ofrece un criterio muy diferente del que podía suponer el sentido originario de la jornada. Se ha convertido más bien en una reflexión serena sobre el misterio de la muerte vista desde la óptica de la fe para nosotros, todavía mortales, y ya no se reduce a un rito de purificación de nuestros difuntos para que puedan entrar definitivamente en la gloria del cielo. Es también positivo que se mantenga vivo el recuerdo humano, lleno de afecto, hacia las

personas amadas que nos han dejado, a las que no podemos olvidar. Se hace evidente el gran misterio de la vida, más allá y por encima de la muerte corporal. Es una manera de afirmar aquello que dice Jesús: "Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos, porque gracias a él todos viven" (Lc 20,38).

## ENTRE EL DOLOR Y LA ESPERANZA

Corremos el peligro de volvernos insensibles, fríos, ante al continuo alud de muertes y de desastres humanos que los medios de comunicación nos ofrecen a diario. También se da, a menudo, ya desde antiguo pero subsiste hoy, un cierto estoicismo ante el dolor y la misma muerte: se cuenta con ella, es algo que "llega" inevitablemente. Ante semejantes posturas es nuestro deber revalorizar la serenidad cristiana, que parte de la profunda esperanza que nos llega de Jesucristo. Serenidad que no equivale a insensibilidad, ni estupidez. Serenidad que hunde profundamente sus raíces en la confianza en Dios. Es lo que Job expresa en la primera lectura que proponemos (ver Jb 19, 01.23-27, Rm 14, 07-09.10b-12, Jn 14, 1-6) con estas palabras: "Yo sé que está vivo mi Vengador y que al final se alzaré sobre el polvo... ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán". El sentido de nuestra vida, la de ahora y la de después de la muerte, se fundamenta en la fe: "Yo creo". Deberíamos, en este punto, hacer referencia al evangelio de Juan: Jesús deja como herencia a sus discípulos la venida del Defensor: el Espíritu Santo, que es quien ha de infundir en nosotros esta confianza y esta paz. Todo lo cual no está reñido con el dolor humano, profundo, que produce en nosotros toda separación de un ser querido.

## UNA VIDA CENTRADA EN JESUCRISTO

En el fragmento de su carta a los Romanos, san Pablo nos recuerda una gran verdad cristiana: nuestra vida en Cristo, centrada en él. Desde los inicios de nuestra fe, por el bautismo cristiano, somos una sola cosa con él, es más -dicho con las palabras mismas del apóstol: "Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor". La muerte y la resurrección de Cristo lo han constituido Señor de la vida y de la muerte. De

aquí que nuestra esperanza, cristiana, se fundamente en nuestra fe en Jesucristo.

Como me decía una vecina anciana, con motivo de la muerte de un familiar mío: " ¡Cuán triste debe de ser la muerte para los que no tienen fe!". Era ésta una mujer sencilla, cristiana de pueblo, sin demasiada teología, pero de una madurez y de una bondad fuera de serie. Sería bueno recordar que la celebración eucarística "en favor de los vivos y de los difuntos" es el momento de expresar en la fe nuestra firme participación en la vida y en la muerte de Cristo. En él y por él mantenemos viva la esperanza de la resurrección.

## LA MUERTE, EL PASO HACIA LA VIDA, HACIA LA CASA DEL PADRE

El evangelio de Juan, con su lenguaje bien propio y característico, nos ofrece en este texto breve de despedida de Jesús, el sentido entero de la vida y de la muerte del cristiano: nos encaminamos hacia la "casa del Padre". Se trata de una explicación de lo que hemos dicho anteriormente: unidos a Cristo por la fe y el bautismo participaremos con él, también, de su vida de resucitado. Tanto la imagen de las muchas estancias preparadas, como sobre todo la del camino, la verdad y la vida, son muy sugerentes y fáciles de entender. Nuestra vida de fe (que sólo la "vivimos" ahora, aquí en la tierra) es un camino, un camino que se anda sólo con y en Cristo, él que es la Verdad y la Vida. Si ahora nosotros somos fieles al evangelio (verdad) tendremos vida en él y por él y alcanzaremos la vida eterna junto al Padre: se trata del Camino de Jesús. Nunca debemos olvidar que nuestro destino, que la gran realidad de la salvación de Jesús, es superar el trauma de la muerte inherente a la condición humana. En eso consiste el gran sentido de la esperanza cristiana.

DANIEL CODINA

MISA DOMINICAL 1999, 14 13-14

---

15.

- Recordar a nuestros difuntos

Hoy nos hemos reunido para recordar. Para recordar a aquellas personas, familiares y amigos, que nos han dejado. Algunos quizás recientemente, y que aún llevamos muy cerca del corazón, con dolor y tristeza. Y otros quizás no tan cercanos, pero que seguimos teniéndoles presentes, porque de una u otra forma han marcado nuestra vida. Hoy es un día para recordarlos a todos ellos. Porque siempre que muere alguien conocido, alguien con quien hemos compartido algo, es como si también muriese una parte de nosotros mismos. Porque no vivimos solos, no somos un mundo aislado, sino que nuestra vida está llena de otras vidas, está formada por todo lo que los demás nos han dado, por todo lo que hemos compartido, por las alegrías y las tristezas que hemos vivido juntos.

Por eso nos va bien, hoy, aquí, recordar a nuestros difuntos. ¡Recordarlos, hacer que revivan en nuestro interior, volver a sentir lo que han significado para nosotros. Aunque sea doloroso, nos va bien mantener este recuerdo. No debemos querer olvidarlos, no debemos perder esta parte importante de nuestra vida que son nuestros familiares y amigos difuntos.

- Orar por nuestros difuntos

Y también nos va bien convertir este recuerdo en oración. Hoy recordamos a los difuntos no sólo en nuestro corazón, sino que los recordamos todos juntos, como comunidad cristiana, y los recordamos ante Dios.

Nosotros y Dios, reunidos aquí, en esta iglesia, compartimos el recuerdo de las personas que nos han dejado. Y lo compartimos convencidos de que Dios les ama, y les ama mucho, inmensamente, infinitamente.

Por eso, con esta confianza, con esta fe, le decimos a Dios nuestra gran esperanza: que nuestros difuntos vivan para siempre la vida más plena, más gozosa, más feliz. Sabemos que en este mundo todos fallamos, todos nos alejamos con frecuencia de Dios. Pero sabemos también que podemos confiar en el amor de Dios, que es más grande y más fuerte que todo el

mal y el pecado que los hombres podamos cometer. Por eso le decimos a Dios esta esperanza nuestra, y le pedimos que tenga con él para siempre, en su Reino eterno, a nuestros difuntos y a todos los difuntos de todos los tiempos y de todo lugar.

- Consolidar nuestra fe en Jesús

Y todo eso, el recuerdo de los difuntos y nuestra oración por ellos, lo hacemos hoy dentro de la celebración de la Eucaristía. Acabamos de escuchar la palabra de Jesús en el evangelio, y ahora él mismo se hará presente entre nosotros en el pan y el vino que pondremos encima del altar, este pan y este vino que se convertirán en su Cuerpo y su Sangre, el alimento de vida eterna.

Nos encontramos aquí, celebrando la Eucaristía, porque creemos que Jesús, muerto en la cruz por amor, vive para siempre, y nos abre las puertas de su Reino. Le hemos escuchado ahora en el evangelio: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", nos ha dicho. Seguirle, vivir como él, es lo único que nos puede llenar de felicidad. Y creer en él es creer que todos, nosotros y nuestros difuntos, somos llamados a compartir su vida para siempre.

Por eso hoy, al recordar a nuestros difuntos y al orar por ellos a Dios nuestro Padre, vale la pena que reafirmemos nuestra fe en Jesús y nuestro deseo de seguir su camino. Para vivir, ya desde ahora mismo, su vida.

EQUIPO-MD

MISA DOMINICAL 1999, 14 17-18

CONMEMORACION DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

2 de noviembre de 1999

LA MUERTE HA SIDO VENCIDA POR CRISTO

1.El grano de trigo que murió y fue enterrado en el sepulcro, produjo el granado fruto de tres inmensas espigas: La Iglesia celeste, la Iglesia que peregrina y la Iglesia purgante que espera en caridad la visión de Dios que, como no puede merecer, se acoge a la caridad de las otras espigas que aceleren su madurez. Por eso desde los principios de su constitución la Iglesia rogó por los difuntos y por ellos,

sobre todo, ofreció el Santo Sacrificio, hasta el punto de facultar a los sacerdotes a celebrar tres misas el día de Difuntos, cuya institución se remonta al siglo XI. Porque "santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos para que queden libres de sus pecados"(2 Mc 12,46). Las almas en el purgatorio, permanecen unidas en caridad porque habiendo muerto en gracia, que es la comunicación amorosa de las tres Iglesias con Jesucristo, pero si tenían pecados veniales de los que no se han arrepentido, han de saldar la pena temporal, proceso que puede ser corroborado por la intercesión de los miembros del Cuerpo Místico, que las puede sufragar mediante el tesoro de la Iglesia expresión de la voluntad salvífica de Dios que se traduce en el amor pleno a cada uno de los hombres, en virtud de la redención de Jesucristo y de la santidad de la Iglesia, la cual, en cuanto obra de Dios se orienta intrínsecamente a la superación de las consecuencias del pecado (Rahner).

2. De entre los tres formularios que propone la actual ordenación litúrgica, me voy a fundamentar en esta homilía en el de la primera misa. Ya desde la antífona de entrada meditamos que "Del mismo modo que Jesús ha muerto y resucitado, a los que han muerto en Jesús Dios, los llevará con él. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida" 1 Tesalonicenses 4,14.

3. En la primera lectura, Dios por Isaías promete enjugar las lágrimas de todos los rostros, y preparar un festín de manjares suculentos y de vinos de solera, que significa la alegría perpetua y comunicada entre todos, sin que nadie envidie a nadie y todos se gocen con todos.

4. En la segunda, que es del capítulo 15 de la 1 Carta de San Pablo a los Corintios, todo el texto afirma y desarrolla la resurrección de los muertos, y en los versículos que hoy leemos, describe el modo de su realización de una manera general basándose en recuerdos de las lecturas apocalípticas. La resurrección es una transformación: "nos veremos transformados". Con lo cual la resurrección se convierte en la meta de todo cristiano, que se realizará en un abrir y cerrar de ojos, a la voz de Dios, que da la orden de resucitar, y nuestro ser corruptible será revestido de inmortalidad, como el grano corrompido se ve coronado por el esplendor de la espiga. Con la resurrección se manifiesta el triunfo total de Cristo que ha realizado y realiza la obra salvífica, donde se da el triunfo definitivo sobre el último enemigo vencido por la muerte de Jesús: la muerte, que es la victoria verdadera sobre el pecado. Por eso lógicamente y con vigor termina la lectura San Pablo en un apóstrofe a la muerte preguntándole: "¿Dónde está muerte tu victoria? ¿Dónde está muerte tu aguijón?".

5. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré" Juan 6,51. He ahí la gran promesa que aminora el dolor de la muerte, pues siendo ella el máximo enemigo de la vida humana, es lógico y natural que el hombre sufra con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo, aunque no es ese su tormento más espeluznante. El máximo tormento es el temor de un definitivo aniquilamiento. La semilla de eternidad que lleva el hombre en su ser se subleva contra el pensamiento de la muerte, y su instinto certero, se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y de la desaparición definitiva de su personalidad(GS 18).

6. Como los cristianos hemos sido introducidos en la muerte de Cristo que destruye el pecado al recibir el sacramento del Bautismo que siembra en nuestra persona la semilla de la vida, "para caminar en una vida nueva" (Rm 6,4), se nos impone la continuada muerte y resurrección que anuncia San Pablo: "Cada día muero" (1 Cor 15,31). San Francisco de Sales señala la necesidad de "luchar", sobre todo, contra las pequeñas tentaciones que en muchas ocasiones se nos presentan en nuestras vidas. Porque vencer esas "muchas pequeñas tentaciones", es una

victoria más importante que el vencer "una gran tentación" ya que son mucho más difíciles de vencer pues, aunque los lobos son más peligrosos que las moscas, sin embargo no nos causan tantas molestias, porque rara vez nos encontramos con uno. Es fácil no asesinar a alguien,... pero es más difícil evitar la cólera contra los que nos rodean. Es fácil no robar algo a nuestro prójimo, pero es mucho más difícil no desear algo de sus bienes. Es fácil no levantar falso testimonio, pero es infinitamente más difícil no mentir en nuestras conversaciones. Es más difícil fornicar, pero es más costoso evitar la curiosidad entre tanto permisivismo.

Morir cada día es luchar cada día por amor, para vencer en esas tentaciones diarias. Así es como disponemos nuestros corazones para la venida de Cristo, la resurrección y la vida, que ha dicho "el que crea en Mí, aunque haya muerto, vivirá", es decir derriba el muro entre la vida y la muerte con la fuerza de su RESURRECCION.

Sin embargo la realidad de fe no elimina la sensibilidad humana ante el hecho traumático de la muerte, pero le da un sentido. ¿No lloró Jesús ante el sepulcro de Lázaro, a punto de resucitarlo? (Jn 11,40). Y ¿no se sintió triste hasta la muerte en Getsemaní y pidió al Padre que pasara de El el cáliz (Mt 26,39). Pero,

aunque hemos de conceder a la naturaleza el llanto que alivie el dolor, nuestra tristeza no ha de ser como la de los que no tienen esperanza (1 Tes 4,12).

7. Nuestra resurrección seguirá el modelo de Cristo viviendo una vida nueva en la que nos encontraremos a nosotros mismos pero de un modo diverso: "Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción; se siembra en vileza y resucita en gloria; se siembra en flaqueza y resucita en fuerza; se siembra cuerpo animal y resucita cuerpo espiritual"(1 Cor 15,42).

8. "Si el grano no cae en la tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, produce mucho fruto"(Jn 12,24). De ese grano muerto en el calvario y enterrado, han brotado tres espigas: la de la vida celeste, la de la vida que se purifica y la que peregrina en este mundo. Las tres están unidas y transidas de amor. Estamos unidos con nuestros difuntos, y ellos nos ven, como el jardinero ve las rosas en el jardín, aunque las rosas, que viven una vida inferior, no vean al jardinero. Nosotros somos esas rosas visibles pero ciegas.

9. Dice el Concilio: "La Iglesia de los viadores, teniendo perfecta conciencia de la comunión que reina en todo el cuerpo místico de Jesucristo, ya desde los primeros tiempos, guardó con gran piedad la memoria de los difuntos y ofreció sufragios por ellos.

10. La fe nos ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros hermanos queridos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera. "Este Concilio recibe la venerable fe de nuestros antepasados sobre el consorcio vital con nuestros hermanos de la gloria celeste, o de los que se purifican después de la muerte y confirma los decretos de los Concilios Niceno II, Florentino y Tridentino". "Nuestra debilidad queda más socorrida por su fraterna solicitud" (LG 49)."La iglesia peregrinante, reunida en Concilio, sintió la necesidad de manifestar su conciencia de estar ontológicamente unida a la Iglesia celeste". "Algunos de los discípulos del Señor peregrinan en la tierra, otros, ya difuntos, se purifican, mientras otros son glorificados contemplando claramente el mismo Dios, Uno y Trino, tal cual es; mas todos estamos unidos en fraterna caridad y cantamos el mismo himno de gloria a nuestro Dios (Ib).

Jesús Martí Ballester  
jmarti@correo.infase.es

## **Homilía de Funeral.**

*(Amén. Aleluia) remodelada*

Alguien ha dicho que la muerte es el último Amén de esta vida y el primer Aleluia de la nueva vida. Esta frase para el cristiano es una verdad y, sobre todo, una realidad. El cristiano sabe que es un peregrino que camina hacia una meta definitiva. A todos nos gustaría que la vida fuese para siempre, eterna; sin fin. En el fondo ese deseo es el que nos mueve y nos da ilusión y esperanza en esta vida.

Y nuestra fe cristiana nos viene a asegurar que tenemos toda la razón en desear que la vida no acabe, que sea eterna. Pero, al mismo tiempo, nos dice también la fe que la vida esta en dos etapas: esta que vivimos en la tierra y la que continúa después de la muerte en el cielo.

Por eso la muerte es el último Amén y el primer Aleluia. Es como cerrar una puerta para abrir la otra. Es como pasar de una casa a otra para seguir viviendo ya para siempre.

Es cierto que no queremos morir, que nos entristece y produce dolor. Y es natural, es humano. También el mismo Jesús sintió miedo ante la muerte. Nos hemos ido acostumbrando a esta vida. Con los años nos vamos apegando a muchas cosas, sentimos cariño de muchas personas. Por eso nos cuesta despegarnos de las personas que amamos y nos aman y de todo lo que hemos conseguido.

Lo que no vemos es lo que alcanzamos y recibimos después de la muerte. La Biblia, la Palabra de Dios, nos dice que no tiene comparación: que es mucho mejor lo que recibimos que todo lo que dejamos.

La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, sino que se transforma; al deshacerse nuestra vida aquí en la tierra, adquirimos una nueva vida en el cielo; por eso, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela tu promesa de resucitar y vivir para siempre junto a Ti.

Ante la muerte de un ser querido, sólo la fe nos ayuda a encontrar consuelo y nos infunde esperanza; aunque no nos quite el dolor, nos ayuda y da ánimos para seguir viviendo.

Pidamos todos a Dios que ya le haya recibido en sus brazos de Padre y que goce para siempre en su amistad y compañía.